

El adolescente, ese visitante de lo arcaico

Florian Houssier*

La adolescencia es un período que favorece el encuentro con los aspectos más intensos de la vida psíquica, tanto sexuales como mortíferos. Si se considera que los conflictos o traumas infantiles resurgen en el momento de la adolescencia, para ser puestos nuevamente en tensión bajo la influencia de los efectos de lo genital, la adolescencia es en consecuencia un trabajo dinámico de transformación psíquica. Esta terminología remite al título del tercer ensayo sobre la teoría de la sexualidad, intitulado "Las transformaciones de la pubertad" (Freud, 1905). El psicoanálisis de la adolescencia siempre se apoyó en este texto fundador, articulado con el análisis de los casos de Emma (Breuer, Freud, 1895) y de Dora (Freud, 1905 a). La inflexión psicopatológica potencial de la adolescencia se evalúa según su aspecto transitorio o perdurable; esta orientación –de qué lado se va a inclinar o explotar – depende de la capacidad del adolescente de involucrar un proceso que reorganice los conflictos infantiles, sobre un fondo orientado hacia la elaboración de las pulsiones parciales y del vínculo con los objetos edípicos. El complejo de Edipo, positivo o inverso, no se resuelve más que a partir del momento en que fue experimentado por la maduración genital, segundo tiempo de una sexualidad bifásica.

Hasta aquí, el niño estaba protegido del cumplimiento de sus deseos incestuosos y parricidas por su inmadurez; en la adolescencia, el incesto y el parricidio devienen realizables. El joven adolescente se enfrenta con una situación radicalmente nueva y compleja. La adolescencia es un proceso central en el devenir del sujeto, no al mismo título que lo infantil, pero de manera comparable en cuanto a la importancia de los movimientos de construcción subjetiva movilizados.

Entre los movimientos que pone en juego, el trabajo paradójico de mantenimiento del vínculo con las imágenes parentales se opone a una puesta a distancia necesaria de los padres "reales". Dos conflictos mayores deben ser perlaborados, indisociables, que emergen como constituyentes del atravesamiento del proceso: el primero concierne la especificidad post-puberal de los deseos incestuosos y parricidas, y la capacidad de desprenderse de ellos en el sentido de la apertura hacia la complementariedad de los sexos (Birraux, Gutton. 1982); el segundo toca la necesaria

* houssier.florian@gmail.com

desidealización del padre homosexual preedípico, condición de una identificación estable para entrar en la adultez.

Estos aspectos psíquicos se articulan con los cambios corporales. Si crecer es un acto agresivo (Winnicott, 1975), esto implica nuevos terrenos de rivalidad hasta aquí cubiertos por la inmadurez infantil. El adolescente deviene, por ejemplo, capaz de procreación y adquiere un poder nuevo, hasta entonces atribuido solamente a los padres.

La asimetría entre adultos y niños se reduce, haciendo que la separación de las generaciones, en la fantasía, tenga algo menos de sentido; el adolescente adquiere algunos poderes del progenitor del mismo sexo y se transforma en el asesino potencial de sus padres.

En el plano sexual, autorizarse a tener una actividad sexual comparable a la de los padres, constituye una variación sobre el tema de la novedad de lo genital, que pasa por la renovación de las identificaciones. La imagen de los padres se modifica, pasando de lo prohibido a la tolerancia, en relación a la vida sexual, modificación sensible del progenitor interiorizado: el adolescente puede ahora representarse, él mismo como sus padres, sexualmente activo en la realidad (Jacobson, 1964), manteniendo la prohibición del incesto, unas perspectivas potencialmente conflictivas.

Para desplegar lo que está fundamentalmente en juego, del proceso de la adolescencia, partimos de las propuestas freudianas, sean en forma directa o por inferencia, que apuntan hacia las concepciones psicoanalíticas actuales.

Un recuerdo freudiano: la no elaboración de las experiencias adolescentes en la cura de adultos

J. Lampl de Groot (1960), cuando interroga la práctica psicoanalítica con los adolescentes, se apoya sobre el relato de una cura por S. Freud en la que éste, en la perspectiva de la importancia del après-coup adolescente, evoca un análisis de un adulto que llevó adelante sin problemas, pero también sin resultados. El día en que esta paciente, después de haber puesto a trabajar largamente su historia infantil, reencontró una experiencia traumática acaecida cuando tenía quince años, sus síntomas desaparecieron. La elaboración de ese trauma pasó, especialmente, por la expresión de los afectos correspondientes, y ese movimiento de auténtica elaboración la curó.

Este breve ejemplo clínico, proveniente de un intercambio informal en los años treinta, aclara a la vez la importancia de la clínica adolescente en S. Freud, pero también, el carácter encubridor de lo infantil, en el sentido en que, hoy más que ayer, el

paciente puede darle al analista, defensivamente, lo que supone que éste espera, las historias infantiles, para dejar mejor en el silencio el dolor y la intensidad siempre enloquecedora de los traumas de la adolescencia. A partir de su práctica, Lampl de Groot confirma su propósito: la adolescencia no es más "solamente" la pantalla sobre la que vienen a ponerse en juego nuevamente, aún modificadas por la pubertad, las escenas infantiles y traumáticas no elaboradas por el niño. La adolescencia es el tiempo en que ciertas experiencias, apoyadas sobre lo infantil, tienen una cualidad comparable e igualmente decisiva, especialmente en el plano psicopatológico. Da también una indicación preciosa en cuanto a la importancia, en la cura del adulto, de pasar por los afectos para elaborar las vivencias adolescentes, en un cierto contraste con la importancia conferida a la función de la interpretación. Ninguna sorpresa en la conclusión que extrae de este recuerdo vienés: el fracaso de ciertas curas de adultos está "ligada a la no elaboración de las experiencias de la adolescencia" (Lampl de Groot, 1960, p.103).

Tomando un camino del que, sin duda, D. Winnicott no hubiera renegado, considera que la desesperanza del adolescente no tienen queda que envidiar a la del niño, en el sentido en que lo que lo que es más antiguo, no es necesariamente lo más profundo. Ciertamente, los recursos psíquicos para aprehender esos afectos no son idénticos, pero el autor hace inclinarse la balanza en el sentido inverso del cursor habitual: el adulto recuerda que, en tanto adolescente, era responsable de sus conductas, de sus vivencias de culpabilidad y de vergüenza, del estado de su conflictualidad teñida de contradicciones y de bizarrerías, de heridas narcisísticas persistiendo en carne viva. A diferencia de la infancia, la adolescencia constituye un momento de apropiación subjetiva que refuerza el sentimiento de ser el único responsable de lo que vive interiormente. Por tanto, los vínculos entre la adolescencia y lo infantil toman un cierto relieve, si se los asocia a las relaciones tempranas. En efecto, hay una cierta correspondencia entre los adolescentes que se sienten perseguidos por, justamente, eso que necesitan, que se viven perseguidos por el objeto o por el vínculo de dependencia mismo, y los bebés que experimentan el nacimiento del objeto como una etapa necesaria pero dolorosa, de la dependencia absoluta a la relativa. No se renuncia al objeto, no se renuncia nunca a satisfacer los deseos que se conciben en relación al objeto; más bien se hace un trueque, escribe Roussillon (Golse, Roussillon, 2010), a partir de una fórmula freudiana; o bien, se renuncia solamente a ciertas modalidades de cumplimiento del deseo, a ciertas formas de presencia del objeto. El trueque concierne al cambio de un modo de satisfacción anterior, imposible o prohibida, por un modo de satisfacción compatible con los datos actuales. La adolescencia interviene como un marcador de lo infantil en lo que resurge, actualizado y transformado, antes de ser reprimido nuevamente: cuando adulto, no se recuerda la

propia adolescencia. Esta doble cesura de la represión, posterior a la amnesia infantil, muestra la importancia de cuidar la adolescencia, para preparar, en las mejores condiciones, la potencial neurosis del adulto.

Ocurrencias significativas en la teoría freudiana

En la adolescencia, la genitalización del cuerpo, especialmente, es vivida como fuente de fantasías enloquecedoras. El sentimiento de familiaridad consigo mismo y el propio cuerpo, es puesto nuevamente en cuestión: el adolescente deviene súbitamente un extraño para sí mismo, como para los que lo rodean. Bajo el efecto de un colapso entre lo actual y lo reprimido, los límites entre lo imaginario y la realidad tienden a esfumarse, confrontando al adolescente a una vivencia enigmática.

El aflujo pulsional puberal y su potencialidad desorganizadora, ofrecen puntos comunes con el sentimiento de extrañeza. En su definición de la inquietante extrañeza (Lo siniestro), S. Freud (1919) evoca el sentido de la palabra en alemán "Unheimlich", dándole especialmente el siguiente significado: alguna cosa escondida, secreta, que debía quedar en la sombra, salió de allí – aquí, la realización posible de los deseos mortíferos e incestuosos. S. Freud retoma lo siniestro en el terreno del narcisismo primario, evocando una época en que "el Yo no estaba aún delimitado en relación al mundo externo y a los otros" (Idem, p. 239). El cortejo de sensaciones inéditas vivenciadas en el cuerpo adolescentes remite a experiencias más antiguas, no solamente pregenitales sino igualmente primitivas, como lo muestra la corriente actual de trabajos sobre los vínculos entre las vivencias del bebé y las del adolescente (Golse, Roussillon, 2010).

La pérdida de familiaridad caracteriza a este cuerpo devenido extraño, desconocido antes de poder ser reintegrado. No estar como en casa es igualmente comparable al movimiento hacia el cual el adolescente se siente empujado, volverse hacia figuras extra familiares no incestuosas. Tomando en cuenta sus raíces infantiles, consideramos la anorexia mental "verdadera" como el negativo del proceso de la adolescencia. En el plano psicopatológico, mientras que la despersonalización se vincula con el adolescente perturbado, pero capaz de hacer una regresión, la impersonalización atestigua la puesta a distancia del otro en sí mismo, ese extranjero interno. El cuerpo se transformó en el enemigo íntimo a combatir, lo que, de manera paradigmática, ilustra la anorexia mental. Esta problemática es representativa de impasses subjetivos del proceso, encarnados por un actuar psíquico sobre el cuerpo, la pubertad y sus efectos ponen de manifiesto un zócalo psíquico no elaborable. La anulación del cuerpo se

acompaña del repliegue, siendo, toda relación de objeto, una fuente de angustia. A la impersonalización de los vínculos en la anoréxica, se articula una decorporación, con su corolario fantaseado que pone en tensión la articulación entre el yo y el cuerpo. Cuando el yo está amenazado en su unidad, el sujeto intenta mantener un sentimiento interno de cohesión con mecanismos psíquicos primarios. Así, las fantasías de cuerpo común, los "cuerpo a cuerpo" o aún la identificación adhesiva, ilustran la profundidad de la reconstrucción del sentimiento de identidad en la adolescencia, en un plano psicopatológico. Las fantasías inconcientes de indiferenciación atestiguan a la vez lo que está en juego en el proceso, y un impasse en la apropiación de la unidad somato-psíquica.

Pero volvamos a Freud, el "heim" en el término "Unheimlich" significa lo que forma parte de la casa, de la familia. Una de las traducciones posibles del término podría ser: "no como en casa". J Laplanche (1987) señala que cuando sobreviene la pubertad, el lugar ya está tomado por la sexualidad infantil. Es, en consecuencia, una situación específica de la adolescencia, el estar confrontado a un "ya allí" de la sexualidad infantil en un encuentro con la novedad de lo sexual genital. Se entiende entonces porqué el adolescente vive a su cuerpo como a un extranjero inquietante, siniestro, una persona que no es él, o por lo menos, no aún. Lo sexual genital es un extranjero que hace intrusión en el cuerpo y en el psiquismo de adolescente, esta vivencia se duplica por la intensidad del refuerzo pulsional post-puberal, creando las condiciones de un desborde de las capacidades de continencia del aparato psíquico. Este quantum de excitación imposible de contener abre hacia la potencialidad, en sí traumáticas, de toda adolescencia.

Sustraerse a la autoridad parental, entre idealización y asesinato

A partir de la cuestión de la inquietante extrañeza vivida en el cuerpo en la adolescencia, se podría proponer la siguiente definición: en la adolescencia, el trabajo de subjetivación, de apropiación somato-psíquica, consiste en tornar familiar lo que devino extranjero, desconocido. Este proceso de re-familiarización encuentra la elaboración, vía la familiarización, de los deseos incestuoso-parricidas. El conjunto de este proceso sostiene la posibilidad de una vida psíquica de conflictividad soportable. La oposición o par de opuestos extraño-familiar que subtiende la vivencia adolescente se inscribe en la línea de la propuesta winnicottiana que concierne la capacidad de sentirse real; toca lo íntimo del ser, y se junta con las preocupaciones identitarias propias de la trayectoria del adolescente, sobre el fondo de temor de ser invadido por fantasías desorganizadoras.

Freud (1905) pone en primer plano una dificultad específica propia de la metamorfosis adolescente: la tarea más dolorosa del "trabajo psicológico propio del tiempo de la pubertad" consiste en "sustraerse a la autoridad de los padres" (Ibid, p. 137). Este trabajo del proceso incluye una des-sensualización progresiva del vínculo con las figuras parentales y fraternas.

A diferencia de los anhelos incestuosos, los anhelos asesinos hacia el padre del mismo sexo permanecen en la esfera fantaseada y no están destinados a encontrar una vía de realización directa. Así, la vida sexual puberal, en una primera etapa, no puede otra cosa que pasar por "abandonarse en las fantasías", en "representaciones que no están destinadas a realizarse" (Freud, 1905, b, p.137); esta actividad fantaseada adolescente centrada en la elección de objeto, puede ser objeto de una fijación. La dimensión infantil del escenario fantaseado elegido, se articula con su fijación por la actividad de la fantasía y en ella, que aparece como una de las apuestas de la adolescencia: pasar del deseo actuado en fantasía, al realizado con el objeto externo.

Cuando va a la Acrópolis, allí donde su padre nunca fue, S. Freud (1936) evoca la realización de una ensoñación adolescente. Analiza la inquietante extrañeza que siente en esa ocasión como un rechazo interior que retorna, rechazo que da al viaje un significado de superación "lograda" del padre. Ese asesinato simbólico significa que para ser aceptado sin el retorno de la castración, vía la extrañeza, es necesario poder criticar al padre, reducir su potencia frente a su propia potencia creciente, y deshacerse de esa culpabilidad para poder disfrutar de las ventajas de la vida: un movimiento de pensamiento asesino-crítico, lo que el mantenimiento de la idealización de las imagos tiende a obstruir.

La adolescencia es citada nuevamente cuando Freud (1921) retoma la cuestión de la sobreestimación del objeto sexual. La introducción del narcisismo hizo evolucionar el vínculo entre ternura y sensualidad: el adolescente que sobreestima al objeto de amor invierte una parte de su narcisismo en el objeto; esta idealización del objeto acarrea el abandono del yo al objeto, absorbido por éste. Este asesinato de las capacidades, especialmente críticas del yo, desemboca en la idea según la cual el objeto se puso en el lugar del ideal del yo, remitiendo a las idealizaciones idólatras del adolescente como prefiguración de la neurosis adolescente, o aún a los aspectos más regresivos de la adolescencia en que el yo tiende a confundirse con el objeto primario. El movimiento libidinal en línea con un reacomodamiento del vínculo con los padres, pasa por una desinvestidura transitoria de los valores y prohibiciones ligados a las figuras parentales. Lo que, de rebote, involucra la idea según la cual todos los adolescentes tienen un potencial transgresor inherente a las regresiones dinámicas movilizadas por el proceso de la adolescencia. La desinvestidura o contra-investidura de los valores y prohibiciones parentales, forman parte de los ataques fantaseados hacia las figuras parentales; este

movimiento crítico participa en la elaboración del odio y de la destructividad hacia el objeto.

En la adolescencia, la poderosa corriente sensual no ya desconoce el fin sexual genital, al que se adjuntan las fijaciones tiernas, pulsiones inhibidas en su fin que marcan una pausa en la dinámica de la búsqueda de satisfacción sexual directa. La temporalidad del proceso de la adolescencia se afirma en ello: la distancia entra la madurez sexual psíquica y física deja lugar a un vacío en las relaciones de objeto, dejando por ejemplo un amplio lugar a la ternura en las amistades adolescentes, lo que Freud mismo vivió con Eduard Silberstein.

Potencialidades psicóticas a elaborar

El adolescente, como lo muestra el mito de la horda primitiva, es a la vez un mensajero y un actor. La fantasía filogenética comparte con los mitos fundadores de la teoría psicoanalítica, Layo, Edipo y Narciso, el siguiente punto de articulación: la aparición de la fantasía primitiva se intrinca con lo que la adolescencia desencadena y revela: el deseo pedófilo de Layo hacia Chrisipos, el asesinato de Layo por Edipo, o aún la muerte de Narciso fascinado por su imagen. Seducción, asesinato parricida, captación narcisística, fantasías originarias que se despliegan en los mitos como en el relato filogenético. Sin embargo, la fantasía originaria no aparece más que cuando el acto vino a revelarla, en su actualización y sus efectos après-coup (Houssier, 2009). Se puede, en consecuencia, entender esos mitos según una doble valencia: se constituyen en lo que revela lo que está en juego de lo infantil, encriptado en cada adolescente; representan del mismo modo las apuestas singulares del proceso de la adolescencia.

En las perturbaciones habituales y necesarias de la adolescencia, se encuentran a menudo perturbaciones depresivas generalmente transitorias. Atestiguan un trabajo psíquico que constituye la elaboración de la pérdida de objeto. Esta tendencia depresiva se acompaña de un retorno, de la libido de objeto sobre el Yo del adolescente. Esta libido, que ya no está involucrada en dirección al objeto, se hace narcisística y crea, de manera casi experimental, un aflujo de libido narcisista.

La adolescencia aparece como un viraje pre-estructural en cuanto a la organización del conjunto de la personalidad futura; pero, cómo no considerar al sujeto llamado adulto, como en constante elaboración de sus conflictos, a lo largo de toda su vida? Esta propuesta, esta posición, no podría reducir la adolescencia a una crisis salpicada de movimientos regresivos que pusieran el acento en las alternativas azarosas del narcisismo; se propondría más bien, mostrar de qué manera lo arcaico está en

acción, a lo largo de toda la vida, como lo indica, de manera paradigmática todo lo que "remite" a la adolescencia.

En la adolescencia, la renuncia al incesto constituye la perspectiva de crear orígenes por sí mismo (tener hijos), manteniendo el hilo identificador que vincula el futuro al pasado, inscribiendo potencialmente al niño por nacer en tres generaciones. Ese hilo se sostiene si se considera la hipótesis de una potencialidad psicótica propia de la adolescencia (Green, 1990), interrogando la fragilidad de los apoyos narcisísticos infantiles. Esta perspectiva es coherente con el riesgo de "breakdown" tal como fuera señalado por A. Freud (1958). Hay una verdadera puesta a prueba narcisística en la adolescencia, en el sentido en que los ideales del yo son todavía precarios, frágiles, cambiantes, y no constituyen todavía un apuntalamiento real que pudiera sustituir a las imágenes parentales. Por este hecho, el yo está constantemente amenazado por un hundimiento que implica procesos depresivos de gran amplitud, así como, a menudo, el recurrir a defensas arcaicas tal como la denegación, la identificación proyectiva o la proyección.

Estas modalidades defensivas, entre otras, tienen un punto en común: revelan que en la adolescencia, el enemigo es el cuerpo y su nueva capacidad de goce orgásmico. Esta capacidad está en el origen de fantasías angustiantes tales como el temor a la castración, a daños corporales, o aún el temor al goce descontrolado e incontrolable. Estas fantasías, vividas como aterradoras se articulan con una angustia más profunda, indecible: la de perder la vivencia de la unidad del yo, angustia de impotencia primitiva y de un hundimiento frente a las exigencias del mundo externo.

En el plano metapsicológico, el proceso de la adolescencia representa una trayectoria: un trabajo de secundarización del aparato psíquico es a ser logrado, incluyendo una mejor capacidad de continencia de las fantasías más crudas. La fragilidad de la represión interviene en el momento en que las pulsiones sexuales genitalizadas encuentran un refuerzo considerable. En efecto, la sexualidad fálica del niño no nos parece asimilable a la sexualidad genital puberal y su nueva capacidad orgásmica. La porosidad relativa de la represión indica que el funcionamiento psíquico está perturbado por la adolescencia: el funcionamiento de los límites psíquicos, en la articulación entre límites orientados hacia el mundo interno (represión, preconciente) y externos (para-excitación, percepción/conciencia), es nuevamente puesto en cuestión.

La adolescencia aparece entonces como una puesta a prueba de la capacidad de elaboración de los conflictos somato-psíquicos. Elaborar involucra un trabajo del pensamiento para ligar y asociar las representaciones entre ellas, por la vía del lenguaje. Este trabajo implica traducciones sucesivas y redes de asociaciones simbólicas puestas en acción por las fantasías. Elaborar pone en juego la capacidad de transformar las cantidades psíquicas de una excitación tendiente a la descarga inmediata, en una

cualidad psíquica que puede conservarse y servir de herramienta al pensamiento y de guía para la acción (Duparc, 1998). Estos elementos de definición se articulan de manera sorprendente con el proceso de la adolescencia, que se torna un paradigma de la capacidad de elaboración psíquica: transformación de la excitación puberal tendiente a ser descargada por el acto, en su interiorización por el pensamiento; secundarización del conjunto del aparato para pensar, reinvestidura progresiva del lenguaje en detrimento del lenguaje del acto, contribución de la creación de fantasías a la capacidad de simbolizar los elementos nodales del proceso.

No hay pasaje directo, como los psicoanalistas podían pensarlo, hasta aquí, a partir de S. Freud, entre los conflictos infantiles y la neurosis adulta. Las tensiones o traumas infantiles son retomados en el momento de la adolescencia para ser revividos; a través de esta experiencia, decisiva en el proceso de individuación, se juega la transformación de estos conflictos infantiles en vías de resolución, o de fracaso a través de su fijación. La adolescencia es un tiempo dinámico sin una temporalidad definible de antemano en que los conflictos infantiles son reevaluados a la luz de la pubertad y de sus efectos sobre el psiquismo. La adolescencia está marcada por el hecho de retomar la vida infantil, permitiendo comprender cómo se anudaron las relaciones de objeto, por el tratamiento de los conflictos, o residuos traumáticos confrontados a la novedad puberal, por el hallazgo de auto-soluciones, en relación con la nueva movilidad de las identificaciones. Estas propuestas fundamentan uno de los hilos conductores del proceso, el resultado del trabajo psíquico de individuación.

Un movimiento de personalización/individuación

La idea de un segundo proceso de separación e individuación en la adolescencia (Blos, 1967) retoma la terminología de M. Mahler (1963) para luego distanciarse mejor. El primer tiempo de individuación se completa al final del tercer año, en el momento en que se adquiere la permanencia de objeto, por la internalización de figuras parentales que permiten la autonomización del niño. En la adolescencia, el desprendimiento libidinal de los objetos de amor infantil está en acción, iniciando una separación de los objetos internos. Este concepto, como el de la regresión, atraviesa la obra de P. Blos y le da una dimensión horizontal que corta la verticalidad de la perspectiva del desarrollo. Esta dimensión de separación-individuación vuelve de manera recurrente en los trabajos de los autores actuales, como lo ilustra P. Guitton cuando evoca la adultez como la consecuencia de una "separación-individuación suficientemente buena" (Gutton, 2000), operando una conjunción entre los trabajos de P. Blos y de D.W. Winnicott. Para P. Blos,

precisando lo que está en juego en el proceso, la separación no es posible más que siendo vivenciada a través de las experiencias regresivas que ponen en juego las relaciones de objeto pre-edípicas. A partir de Freud (1905 b), los psicoanalistas acuerdan en considerar que el proceso de des-idealización del objeto representa el aspecto más doloroso y el más arrollador del proceso adolescente. Es el punto de vista que toma C. Chabert cuando evoca el final de la adolescencia "como una puesta a prueba insostenible de la capacidad de deshacerse de las figuras parentales, especialmente en sus incidencias idealizantes" (2000, p.377). En ese movimiento de liberación se instaura para el hijo la des-idealización de la figura parental, representando un parricidio simbólico.

El fracaso de este proceso, fundado sobre el desprendimiento del vínculo con los objetos infantiles, se constata a través de las perturbaciones del aprendizaje, la morosidad, el negativismo o aún los actos trasgresores (fugas, robos, consumo de drogas, acting sexuales, etc.). Para muchos adolescentes, estas perturbaciones constituyen una posición de espera, de pausa frente a la atracción regresiva; el signo distintivo de la patología se define cuando las perturbaciones transitorias perduran para desembocar en la posición regresiva previamente combatida. Lo que aparece como comportamientos regresivos de orden psicopatológico, proviene a menudo de un intento de auto-curación, lo que E. Erikson (1956) denomina la crisis de auto-liquidación. El comportamiento negativo del adolescente es un medio de afirmar su identidad y su diferencia. Demasiado en espera, no sabe más cómo diferenciar su propio deseo del de los otros. Se encuentra entonces en un estado de molestia y de confusión tanto más importante en cuanto sus relaciones de placer o de satisfacción crean una cercanía excesiva con uno de los adultos de los cuales se siente dependiente.

El rol de la regresión en el seno del segundo proceso de individuación toma entonces una importancia central, participando del trabajo de duelo de las figuras parentales edípicas. Se apoya en la calidad de los logros de la latencia, que juegan un rol preparatorio importante. La consolidación del yo durante la latencia pasa especialmente por la construcción de identificaciones estables que permitan enfrentar el empuje pulsional de la adolescencia y lo que esta convoca, en términos de movimientos psíquicos regresivos.

La regresión constituye un medio psíquico de reencontrar un contacto emocional con las pasiones de la primera infancia, vivencia que condiciona la posibilidad de desinvertirlas. Notemos que es en el entorno que estas vivencias infantiles son reconvocadas, especialmente a través de actos presentados como modalidades del "testing reality". La reviviscencia de estas experiencias infantiles, especie de catarsis adolescente, está ligada a una toma de consciencia. El sentimiento de subjetivación (Cahn, 1998) que se desprende de ella permite distinguir el progenitor real del

progenitor de la primera infancia, a menudo confundidos en la adolescencia. Este movimiento participa del proceso de individuación, apoyándose sobre esta doble dimensión, infantil y actual. Por efecto de deslizamientos semánticos y teóricos, el trabajo de separación /individuación propuesto por P. Blos (1967) debería más bien considerarse como un movimiento psíquico de personalización-diferenciación.

La adolescencia moviliza los conflictos con los objetos de amor infantiles, a la vez adentro y afuera. El aflujo de libido narcisística no está solamente ligado a la des-investidura de las imágenes primarias de amor, proviene del sentimiento de identidad a ser reconstruido en la adolescencia.

Este cambio identitario pone en primer plano la importancia de los movimientos regresivos (repliegue, revêries omnipotentes, sentimiento de extrañeza, de-corporación, impersonalización) que son testimonio del registro narcisístico comprometido masivamente. El conflicto mayor de la adolescencia depende de un desprendimiento respecto de las identificaciones y de los ideales infantiles; la vía de un proceso de diferenciación/personalización propio de la adolescencia es una de las principales necesidades elaborativas que permiten la apertura de un final potencial de la adolescencia. La diferenciación psíquica no es soportable más que si cada uno de los partenaires se lleva algo del otro cuando se aleja, teniendo la convicción de que este otro, por su lado, ha inscrito en sí algo del otro (Golse, Roussillon, 2010, p. 61).

Conclusión

La individualización y la personalización se hallan en el centro del proceso: la adolescencia es también una puesta a prueba identitaria de la cual nunca la salida está garantizada, sentirse existir por y para sí mismo se opone a la confusión de los espacios psíquicos, de las identificaciones y las imagos. Una adolescencia "sin historia" (sin problemas) puede ser considerada como un fracaso del proceso; la historia subjetiva de la adolescencia se fija entonces, sin confrontación de lo infantil con lo puberal.

En la adolescencia se rehace la piel, los mecanismos arcaicos son re-trabajados, a veces con riesgos y peligros. Para el adolescente, es cuestión de mutar (Marty, 1966), de transformar, de elaborar la pérdida y la reacomodación de la relación con sus objetos internos como externos, pero siempre en ese doble vínculo: desprenderse de las figuras parentales pero quedando emocionalmente dependiente de esas mismas figuras, y reducir la distancia ente dependencia absoluta y dependencia relativa; es lo que hemos mostrado con el recorrido de Anna Freud y la filiación que ella inspiró en la corriente del psicoanálisis de la adolescencia.

La problemática adolescente aportó al psicoanálisis elementos transformadores. La mutación del psicoanálisis americano conserva algunas huellas, como lo atestiguan el desplazamiento, para el psicoanalista, de una posición suficientemente neutra a un acercamiento empático con el paciente en la psicoterapia. Esta evolución se reencuentra en H. Kohut, a través de tomar en consideración las perturbaciones narcisíticas del adulto. Como lo indican las primeras puestas en perspectiva concerniendo la psicoterapia del adolescente, la actitud del analista y su capacidad de entrar en relación con el paciente, favorecer un contacto auténtico, desarrollarse en los campos del psicoanálisis del adolescente, y de ciertas problemáticas llamadas adultas. En un sentido, el psicoanálisis del adolescente influyó en la del adulto, en una inversión de la relación de influencia significativa, sobre la base del nuevo lugar de la adolescencia en el campo psicoanalítico.

En su primer escrito sobre la pubertad, S. Freud (1905 b) explicaba las perturbaciones psicóticas como un defecto de transformación y de movilidad de la libido en la adolescencia; el repliegue de la libido de objeto sobre el yo, libido ligada a los primeros objetos de amor, la transforma transitoriamente en libido narcisística antes de poder ser reinvestida en otros objetos. El fracaso de este proceso es entendido y comparado hoy más ampliamente con los estados límites, devenido el nuevo paradigma de la clínica psicoanalítica (Green, 1975). Como las problemáticas fronterizas, la adolescencia impone una inversión de cierta perspectiva: el psicoanálisis es una herramienta de pensamiento al servicio del paciente y de su problemática, y no un modelo, fundado sobre el tratamiento de la neurosis del sujeto adulto, a ser aplicado de manera sistemática.

La adolescencia es considerada hoy bajo el ángulo de perturbaciones transgresivas (violencias y delincuencia) integradas en el proceso, a mitad de camino entre el lenguaje del acto propio a las modalidades de elaboración promedio de la adolescencia, y la apertura sobre el campo de la psicopatología (Emmanuelli, 2005); estas modalidades de expresión de la angustia y de tratamiento del conflicto por la el actuar están en el primer plano de la sintomatología, la angustia de pérdida y la confusión de los objetos internos y externos revelándose como otros tantos organizadores de estas perturbaciones. El componente masoquista confiere a las apuestas de pérdida de objeto una dimensión sexualizada, que representa una distribución de la carga a veces sostenida en el complejo de Edipo.

Si la adolescencia es un proceso cuya salida es incierta, no es, en consecuencia, sorprendente encontrar en los adultos neuróticos, rasgos adolescentes (Fenichel, 1945), asociados a una adolescencia prolongada. El desvío de lo que está en juego en la adolescencia tiene efectos aclaratorios de carácter bifásico, hacia adelante y hacia atrás. Los vínculos con lo infantil son puestos a prueba, al punto que su devenir constituye el

destino futuro adulto, haciendo de la adolescencia un entrecruzamiento único en la construcción del sujeto.

Bibliografía

- Blos P., The Second Individuation Process, in *The psychoanalytic Study of the Child*, 22, 1967, p. 162-186.
- Breuer J., Freud S. (1895), *Etudes sur l'hystérie*, Paris, PUF, 1978.
- Cahn, R., *L'adolescent dans la psychanalyse : l'aventure de la subjectivation*, Paris, PUF, 1998.
- Chabert C., *Commencer sa vie d'adulte*, in *Adolescence*, 18, 2, 2000, p. 375-378.
- Duparc, F., *L'élaboration en psychanalyse*, Bordeaux, L'esprit du temps, 1998.
- Emmanuelli M., *L'adolescence*, Paris, PUF, 2005.
- Erikson E. H. (1956), *Enfance et société*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 1982.
- Fenichel O. (1945), *La théorie psychanalytique des névroses*, Paris, PUF, 1974.
- Freud A. (1958), *L'adolescence*, in M. Perret-Catipovic M., Ladame F. (dir.) *Adolescence et psychanalyse : une histoire*, Lausanne, Delachaux et Niestlé, 1997, p. 69-100.
- Freud S. (1905 a), *Fragment d'une analyse d'hystérie*, in *Cinq psychanalyses*, Paris, PUF, 1954, p. 1-91.
- Freud S. (1905 b), *Les trois essais sur la théorie de la sexualité*, Paris, Gallimard, 1962.
- Freud S. (1919), *L'inquiétante étrangeté*, in *L'inquiétante étrangeté et autres essais*, Paris, Gallimard, 1985, p. 213-263.
- Freud S. (1921), *Psychologie des foules et analyse du Moi*, in *Essais de psychanalyse*, Paris, Payot, 1981, p. 117-217.
- Freud S. (1936), *Un trouble de mémoire sur l'Acropole (Lettre à Romain Rolland)*, in *Résultats, idées, problèmes, tome 2*, Paris, PUF, 1985, p. 221-230.
- Golse B., Roussillon R., *La naissance de l'objet*, Paris, PUF, 2010.
- Green A., *La folie privée*, Gallimard, Paris, 1975.
- Green A., *Point de vue du psychanalyste sur les psychoses à l'adolescence*, in Ladame F., Gutton P., Kalogerakis M. (dir.), *Psychoses et adolescence*, Paris, Masson, 1990 b, p. 231-24
- Jacobson E. (1964), *Le Soi et le monde objectal*, Paris, PUF, 1975.

Laplanche J., *Vie et mort en psychanalyse*, Paris, Flammarion, 1970.

Lampl-de Groot J. (1960), *De l'adolescence*, in Perret-Catipovic M., Ladame F. (dir.), *Adolescence et psychanalyse : une histoire*, Lausanne, Delachaux et Niestlé, 1997, p. 101-112.

Laplanche J., *Nouveaux fondements pour la psychanalyse*, Paris, PUF, 1987.

Mahler M. (1968), *Psychose infantile : symbiose humaine et individuation*, 1, Paris, PUF, 1973.

Marty F., *Le travail de la mue*, in *Adolescence*, 14, 2, 1996, p. 169-190.

Winnicott D. W., *Jeu et réalité*, Paris, Gallimard, 1975.